

JAVIER GALINDO ULLOA*

El proyecto cultural de Pedro Henríquez Ureña en México

The Cultural Project of Pedro Henríquez Ureña in Mexico

Resumen

Como fundador de la Sociedad de Conferencias, líder y maestro también del Ateneo de la Juventud en la Ciudad de México, Pedro Henríquez Ureña ha sido reconocido como uno de los responsables de organizar una serie de lecturas de los clásicos griegos, con el objeto de combatir el positivismo que imperaba en la enseñanza pública. Se aborda la trayectoria intelectual y literaria de uno de los ateneístas más importantes en la cultura mexicana moderna.

Palabras clave: Juventud, *Ariel*, Grecia, humanidades, cultura, México, revista

Abstract

As founder of the Society of Conferences, leader and teacher of the Ateneo of Youth in Mexico City, Pedro Henríquez Ureña has been recognized as one of those responsible for organizing a series of readings of the Greek classics, with the aim to fight the positivism that prevailed in public education. This article deals with his intellectual and literary career; he is considered as one of most important members of the Ateneo within the modern Mexican culture.

Key words: Youth, *Ariel*, Greece, humanities, culture, Mexico; magazine

Fuentes Humanísticas > Año 30 > Número 57 > II Semestre > julio-diciembre 2018 > pp. 27-45.

Fecha de recepción 19/05/17 > Fecha de aceptación 21/08/18

javigalindo27@hotmail.com

* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

En buena medida, la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) se fundamentó en la lectura de los clásicos grecolatinos y de la diversidad de textos que comprende esa producción literaria, desde el género épico, lírico y dramático hasta el discurso filosófico. Era una necesidad para el ensayista dominicano difundir aquella cultura clásica en la enseñanza literaria y formar el espíritu crítico de los jóvenes en América Latina.

Henríquez Ureña, que ha sido estudiado como ensayista, filósofo y humanista en un terreno de ideas más abstractas que concretas, fue primeramente un lector crítico e intuitivo, debido a una tradición familiar de condición aristocrática que lo educó bajo los parámetros del positivismo y dentro de la corriente modernista. Fue un intelectual que aprovechó diversas ideas filosóficas y literarias con el propósito de formar un solo método particular para evaluar la literatura de su tiempo y formar a escritores jóvenes, como Alfonso Reyes, de una manera rigurosa y entusiasta a la vez. De ahí que no sólo fue un teórico de la literatura, limitado a escribir artículos y textos monográficos, sino que también fue un lector de libros antiguos y modernos, en los cuales se apoyaba para disertar sobre la cultura clásica, la versificación y la evolución creadora, manifestada en la obra de cada escritor moderno y contemporáneo. Sus textos autobiográficos y su correspondencia con Alfonso Reyes y Max Henríquez Ureña muestran la capacidad de razonar y de realizar un comentario crítico sobre las lecturas que había estado realizando en un momento inmediato, con el afán de instruir y hacer público su razonamiento más allá de la contemplación de la realidad presente.

La obra de ensayo de Henríquez Ureña se caracteriza por la diversidad de temas y formas genéricas que tienen un mismo punto de origen: la experiencia de la lectura, la capacidad de abordar distintos temas desde la intuición de un crítico que lee y comenta a la vez la mayor parte de la producción literaria que se ha creado desde la antigüedad.

El origen de su aspiración a escritor y poeta se basó en la cultura de las humanidades, en la lectura de textos grecolatinos ya sea a través de los propios autores o también de la interpretación de especialistas alemanes y anglosajones que había consultado en su momento, empezando por Nietzsche y Walter Pater hasta Gilbert Murray.

Como crítico literario, también le resultó indispensable esa formación clásica para evaluar la evolución literaria de cada escritor del pasado y presente, y de esta manera sistematizar una historia atenta a los autores y a los distintos géneros en que hubieran incursionado, sin olvidar su participación en la política y el magisterio.

Ante la historia del pasado y el problema presente en que vive, Henríquez Ureña abordó la cultura de las humanidades con el afán de contribuir a la creación de nuevos lectores que comprendieran la situación de su momento ante la historia. De ahí que elaboró un sistema crítico sobre la valoración de personajes ejemplares que han aprendido a sistematizar su obra y expresar en síntesis la condición humana ante la barbarie de la política, la guerra y la ignorancia.

Para Enrique Krauze (2000), el ensayista dominicano era una persona triste y pesimista en sus últimos años, incapaz de aceptar la realidad que vivía. Lo identifica

como el crítico errante que no se adaptaba al sistema burocrático, cultural y político del país donde vivía exiliado, aunque se comprometía con el estudio:

La vida material –muchas veces inestable, dependiente, incómoda y sólo al final desahogada– fue una limitación, pero no la más importante. El resto de la historia está en la lógica misma de su destino errante. Tanto buscó un asidero que al encontrarlo lo extraviaba. De allí, por ejemplo, que incurriese en un extremo de la vida intelectual: la erudición. (p. 906).

Alfonso Reyes (1960) lo retrata como un personaje heredero del modernismo, encarnado en su propia personalidad: “Después del nicaragüense Rubén Darío [...] nadie, en nuestros días, habrá cubierto con los crespones de su luto mayor número de repúblicas que el dominicano Pedro Henríquez Ureña...” (p. 163). Representaba así los valores de igualdad, democracia y justicia que se hacían presentes a través del ejemplo y la palabra, como lo describe claramente Reyes al recordar el modo de pensar del ensayista dominicano:

Aun en sus más libres divagaciones [...], como en su página sobre un atardecer de Chapultepec; aun en sus creaciones más poemáticas –tan densas de humorismo–, como en su evocación del advenimiento de Dionisos, fue característica suya el mantener una temperatura de “fantasía racional”. (p. 169).

Henríquez Ureña tenía la habilidad de combinar este doble papel de crítico y creador al mismo tiempo, convirtiéndose también en un maestro que transmite esos ideales en el ámbito escolar. Julio Torri

(1964) lo evoca como un profesor atento a la curiosidad de cualquier discípulo suyo:

Pedro era muy hábil en dirigir a los jóvenes y en despertar en ellos anhelos de mejoramiento intelectual. Todo el mundo estudiaba y se cultivaba a su alrededor. Después de conversar con él, aceleraba uno el ritmo de sus lecturas y volvía a su sotabanco lleno de nuevas curiosidades y proyectos intelectuales. Ejecutaba habitualmente este milagro Henríquez Ureña. (p. 173).

Uno de sus discípulos de entonces, de la Escuela Nacional Preparatoria, el escritor Salvador Novo, lo definía dentro del contexto de la cultura hispana: “De la erudición caudalosa de Menéndez Pelayo, había pasado al conocimiento científico, sistematizado y moderno de la escuela de Menéndez Pidal” (Citado por Reyes, 1960, pp. 170-171).

Con una visión más proteica, Jorge Luis Borges admira en la obra del ensayista dominicano su estilo aparentemente solemne, pero con un sustrato irónico poco visto en la literatura moderna (Borges y Ferrari, 1998). Ezequiel Martínez Estrada (2000), por su parte, lo retrata como un maestro que leía frente a un grupo como si estuviese conversando, y conversaba como si fuese leyendo cualquier libro de memoria.

Gracias a esa erudición alimentada por el hábito de la lectura, Henríquez Ureña estudió la historia de la literatura hispanoamericana a través de distintas formas de escritura, en prosa y verso; diversidad genérica que Raúl Antelo (2000) atribuyó a la influencia de Nietzsche, quien también abordó distintos géneros: ensayo, novela, poemas en prosa o aforismos.

Sin embargo, la obra crítica del dominicano, formada por artículos, estudios, ensayos, conferencias y textos monográficos, así como también por textos autobiográficos, se debe a la influencia, no sólo de Nietzsche, sino de críticos como Matthew Arnold y Marcelino Menéndez Pelayo; filósofos como Williams James y Bergson, o escritores desde Baudelaire hasta los hispanoamericanos Rubén Darío, José Martí y José Enrique Rodó, entre los más presentes.

Hubo en la trayectoria literaria de Henríquez Ureña dos etapas ideológicas que definieron su estilo de pensar: el positivismo y la ruptura con este sistema a partir del descubrimiento de la obra de José Enrique Rodó y la cultura grecolatina. Esas etapas son ricas en matices personales, que es necesario precisar.

La educación doméstica

Pedro crece y se educa en torno al Instituto de Señoritas creado por Salomé Ureña de Henríquez¹ en su propio hogar, tarea encomendada por Eugenio María de Hostos, fundador entonces de la Escuela Normal de Maestros de Santo Domingo.

Tras haberse educado en el seno familiar —al clausurarse el Instituto de Señoritas, por la precaria salud de la institutriz en 1893 y la crisis socio-política de la dictadura de Ulises Heureaux—, Pedro Henríquez Ureña ingresa al Liceo Dominicano, dirigido por Emilio Prud'Homme; es la

primera vez que concurrían él y su hermano Max a una escuela fuera de casa (Henríquez Ureña, 2000).

A la vez que se interesó por la ciencia positiva, se aficionó a la lectura de cuentos de hadas y de brujas, romances y fragmentos de novelas de Julio Verne. También disfrutaba ver representaciones teatrales, ya que mediante este género dramático se encaminó a la literatura. Como narra el ensayista: “Mis aficiones literarias, y las de mi hermano menor Max, que iban siempre paralelas con las mías, comenzaron realmente por la influencia de los espectáculos teatrales” (Henríquez Ureña, 2000, p. 34). Según les permitía su edad, ambos asistían a ver zarzuelas y posteriormente obras interpretadas por el famoso actor italiano Rancoroni, en *Muerte civil* de Giacometti y en *Hamlet y Romeo Julieta*. De ese modo, inspirándose en esos dramas, realizaban sus primeras piezas y hacían teatro en casa.

De manera gradual, Pedro empezó a definir su vocación literaria a través del teatro y la poesía en un momento importante de la sociedad ilustrada. Él y su hermano Max hallaron la libertad en la actividad teatral y la realización de antologías de la literatura nacional. Por entonces se había difundido la *Antología de poetas hispanoamericanos* de Marcelino Menéndez Pelayo, en la que se incluye también a Soledad Ureña de Henríquez. Max y Pedro tomaron ese libro como “modelo para sus antologías” (García Morales, 1992, p. 74). Así también lo narra, el ensayista dominicano:

Descubrí que mi madre era poetisa afamada, y principié por formar dos pequeñas antologías, de poetisas dominicanas y de poetisas cubanas (mi madre me ha-

¹ Mujer ejemplar que escribe versos y a la vez ejerce el oficio de maestra sin renunciar a su rol materno. El poeta será un artista completo si tiene la misión de servir a la patria a través de la educación.

bló mucho de éstas). En seguida, nos lanzamos Max y yo a formar sendas *Antologías de poetas dominicanos*. (Henríquez Ureña, 2000, p. 40).

La madre de Pedro había sido su guía espiritual y a la muerte de ella, en 1897, él comenzó una actividad literaria febril; formó una antología de escritoras dominicanas, luego emprendió una *Vida de mi madre*; con este recuerdo y como un homenaje a su progenitora, concibió un proyecto de la historia de la poesía dominicana.

El dolor espiritual del adolescente Pedro, por la ausencia de la madre, era reemplazado por las enseñanzas de la tía Ramona y Leonor Feltz, a quien le debía los conocimientos adquiridos en su etapa juvenil. El gusto por la literatura moderna y el teatro fue una forma de vencer el pesimismo provocado por esa crisis personal y social. El ideal de humanidad que tanto apreciaba en la lectura de Shakespeare, Ibsen, Rodó y José Joaquín Pérez, lo asimilaría con las demás lecturas que realizaba a futuro y con el gusto por la música. Sobre todo, el trabajo de editor fue una forma providencial de transmitir el conocimiento de una cultura regional desde una perspectiva moderna.

El estudio de la literatura fue un apoyo para acercarse a la cultura grecolatina y tomar conciencia de los errores del positivismo de Auguste Comte y de sus afirmaciones contradictorias sobre la metafísica, la teología y la filosofía y sus relaciones con la ciencia.

El viaje cultural a Estados Unidos

Pedro Henríquez Ureña hubo de abandonar República Dominicana en 1901. La

crítica al positivismo adquirió una serie de transformaciones a través del tiempo, por las circunstancias y los lugares que visitó desde su salida involuntaria de Santo Domingo.

Como Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Juan Isidro Jimenes, don Francisco Henríquez y Carvajal tuvo la misión de negociar la deuda externa en Nueva York; de esta manera, tuvo la oportunidad de que sus hijos, Pedro y Fran, viajaran con él y se educaran en esta civilización americana; posteriormente, le encomendaron negociar con los acreedores de Santo Domingo en Bélgica y Holanda, mientras que ambos hermanos permanecieron en Estados Unidos.

La figura del padre se asocia a la imagen científica en la narración de las *Memoorias*. Médico de profesión, don Francisco vio en Pedro el gusto por la ciencia. De ahí que le enviaba libros de tema positivista, además de literatura clásica y moderna, durante su estancia en Europa. El joven dominicano mantuvo el gusto por las representaciones teatrales y de la ópera, por los conciertos de música clásica y la lectura infatigable de la literatura inglesa, ya con el dominio del idioma inglés, lo que en conjunto formó su espíritu intelectual.

En Nueva York, su situación personal se vio radicalmente truncada por la circunstancia socio-política de República Dominicana, en un estado de endeudamiento irresoluble desde la dictadura de Heureaux. El vicepresidente Horacio Vázquez se levantó en armas contra el presidente Juan Isidro Jiménez en abril de 1902, y don Francisco Henríquez y Carvajal vivió serios problemas económicos; fue más austero con sus hijos, y planeó partir a Cuba en busca de trabajo. Ambos hermanos permanecieron en la ciudad yanqui

y debieron tomar un curso de comercio para tener un sueldo mínimo de seis dólares semanales.

Cuando Max arribó a Nueva York, Pedro realizó con él resúmenes de la temporada de teatro de 1901 a 1902. En el refugio de una biblioteca concibió un proyecto para escribir un libro de ensayos sobre D'Annunzio, Kipling y Gorki, de los cuales sólo alcanzaría a escribir sobre el primero. En marzo de 1904, el padre lo obligó a salir de Nueva York, ciudad en la cual se había formado como articulista, crítico de teatro, traductor y poeta.

Al llegar a Cuba hacia 1904, Henríquez Ureña consiguió trabajo como empleado en la casa de Silveira y Compañía, por recomendación de Máximo Gómez. Su hermano Max, que había arribado antes con su padre a Santiago de Cuba, fundó la revista *Cuba literaria*, en donde colaboraba Pedro y empezaba a darse a conocer en el ámbito literario y cultural de Santo Domingo, a donde circulaba la revista. Escribía versos de amor, a los que llama "Postales", dedicados a muchas hermosas, y ensayos en diversas publicaciones: *Cuba Música*, *Cuna de América* y *Discusión*, que conformarían su primer libro de *Ensayos críticos* (1905), publicado en España y reconocido por la crítica hispanoamericana.

La lectura de *Ariel*

Por recomendación de Leonor Feltz, Henríquez Ureña descubrió *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó, al que dedicó un ensayo en 1904, y ya en 1909 dictó una conferencia en el Ateneo de la Juventud acerca de la obra general del escritor uruguayo. En este año también redactó sus *Memorias*,

con el propósito de comprender su estado intelectual en la situación política, social y económica de la ciudad de México de fines del porfirismo. La lectura de *Ariel*, los *Motivos de Proteo* y *El que vendrá* de Rodó había repercutido en la conciencia del escritor, dentro de un ambiente de lucha ideológica entre el positivismo y el idealismo crítico, en medio de las diversas tendencias literarias de la época, vacilantes entre el modernismo, el realismo francés y el rescate de los ideales clásicos grecolatinos.

En 1904 Henríquez Ureña había hecho la presentación de la obra de Rodó en un ensayo titulado "Ariel" (García Morales, 1992). Allí destaca la importancia de la juventud ilustrada para orientar al pueblo a la civilización, pues es la clase que tiene la capacidad de aprender una cultura y de guiar el espíritu de los ciudadanos en una sociedad soberana; enfatiza que es indispensable enseñar a la juventud dirigente a defender un ideal de humanidad con el propósito de superar el pesimismo producido por la anarquía, el caos y las revoluciones frustradas en Santo Domingo y América.

En la conferencia de 1909, "La obra de José Enrique Rodó", el ensayista dominicano considera que el verdadero libro tiene el poder de influir en la mente de los lectores, motiva a realizar una acción determinada, transmite un sentido de vida diferente y un porvenir inteligente de la existencia.

Pedro Henríquez Ureña capta esta idea, desde su ensayo de "Ariel", acerca de cómo evoluciona el hombre en su terreno social y espiritual, de qué modo se transforma hacia el porvenir de una manera individual para reconocerse y encontrar su propia identidad. Dice el autor

dominicano: “El egoísmo pesimista puede modificarse al cultivo del yo espiritual”. Pretende rescatar ese momento en que la tristeza cristiana, determinada por el discurso patético del sermón bíblico, cedió a la alegría de la cultura griega en su visión positiva de la vida.

Ariel fue fundamental en la formación juvenil de Henríquez Ureña y en la difusión en la cultura hispanoamericana. Él mismo declara que Rodó es “el maestro que educa con sus libros, el primero [...] que entre nosotros influye con sola la palabra escrita” (Henríquez Ureña, 2000, p. 58).

Recepción de *Ariel* en México

En sus *Memorias*, Pedro Henríquez Ureña describe el ambiente provincial de La Habana desde la perspectiva de un personaje ilustrado, rodeado de gente relacionada con los asuntos gubernamentales y la cultura nacional: Máximo Gómez era amigo de su padre y el intelectual Arturo R. Carricarte lo motivó para ir a México y fundar una revista.

Cuando llega al puerto de Veracruz, con el finiquito recibido de la compañía Silveira y Cía, planeó fundar junto con Carricarte la *Revista Crítica*, que tuvo mayor circulación en el ámbito político e intelectual en México y Europa².

La labor periodística le permitió a su vez integrarse al mundo literario de la

capital, con la ayuda económica del padre y de otros personajes singulares. Pedro puso en práctica su nivel intelectual como secretario en *El Dictamen*; fue redactor en *El Imparcial*, diario oficial dirigido por Rafael Reyes Spíndola, con quien tendrá dificultades laborales, pero allí halló la amistad de Carlos Díaz Dufoo y Luis G. Urbina para relacionarse con dos revistas importantes:

[...] y a fines de mayo me decidí a conocer el círculo de la *Revista Moderna*. Así, un día me dirigí a casa de D. Jesús E. Valenzuela [fundador de esa revista] y de pronto me encontré en medio de la juventud literaria de México [...] y los literatos jóvenes me invitaron a la nueva revista, fundada por Alfonso Cravioto, con el nombre de *Savia Moderna*. (Henríquez Ureña, 2000, pp. 106-107).

En la *Revista Moderna* publicó una reseña de diciembre de 1907, anunciando la nueva edición del *Ariel* de Rodó; el ensayista uruguayo era desconocido en México antes de ese año (García Morales, 1992).

En el momento en que se debatían los problemas filosóficos del positivismo y los programas de enseñanza secundaria y preparatoria, se pensó que era necesario tomar como modelo el libro de Rodó para encontrar el nuevo camino de las humanidades a través de la enseñanza artística y literaria.

Se pretendió recuperar el área de las humanidades que había desaparecido del programa educativo de la Escuela Nacional Preparatoria, desde que su fundador, Gabino Barrera, había pronunciado en la ciudad de Guanajuato, el 16 de septiembre de 1867, una célebre *Oración cívica*.

² “La *Revista Crítica* era el órgano de la Asociación Literaria Internacional Americana, un proyecto cultural donde reunir a los intelectuales más conocidos de su tiempo para difundir la literatura y las artes y las ciencias en todo el Nuevo Mundo” (Durán, 1994, p. 65).

Los integrantes de la Sociedad de Conferencias, que se había creado por iniciativa del arquitecto Jesús T. Acevedo en mayo de 1907, al mismo tiempo que estudiaban por su cuenta las disciplinas humanísticas, defendían la necesidad de incorporarlas a la enseñanza (García Morales, 1992).

Así, los jóvenes de entonces que más se interesaban por el cultivo de las humanidades en las escuelas públicas eran, primero, Pedro Henríquez Ureña, y tiempo después, Alfonso Reyes, porque pensaban –según García Morales (1992)– que:

[...] el cultivo de las humanidades constituye una de las mejores tradiciones de la cultura mexicana, a través de la cual ésta se entronca con la cultura hispánica, negada a veces por el pasado inmediato, y más allá de ella, con la cultura universal. (p. 73).

En el verano de 1907, los miembros de la Sociedad de Conferencias se interesaron asimismo por:

[...] los asuntos educativos y a colaborar con Justo Sierra a partir del descubrimiento de las humanidades y la filosofía. En ese preciso momento, también tuvieron la idea de publicar el *Ariel* de Rodó (García Morales, 1992, p. 119).

Se pensó realizar una nueva publicación del libro como lo hiciera Max Henríquez Ureña en *Cuba literaria* en 1905³.

El general Bernardo Reyes, padre de Alfonso Reyes, aceptó costear una edición del libro en Monterrey, con el propósito de distribuirla gratuitamente entre la juventud del país. *Ariel* apareció con un tiraje de quinientos ejemplares, impreso en los Talleres Modernos de Lozano (Monterrey, N.L.) el día 14 de mayo de 1908 (García Morales, 1992).

A raíz de la publicación de *Ariel*, en México se vivía un ambiente cultural muy crítico respecto a la educación entre la orientación laica o religiosa. Pedro Henríquez Ureña participó activamente en un debate ideológico a propósito de un folleto que escribiera el doctor Francisco Vázquez Gómez contra la enseñanza positivista en la Preparatoria, secundado también por la prensa católica. Así se lo hizo ver a Alfonso Reyes en una carta suya:

Figúrate que el doctor Vázquez Gómez es instrumento de la Compañía de Jesús, y que los jesuitas han intrigado tanto con don Porfirio (Díaz), que éste llegó a decirle a don Justo (Sierra) que veía algo digno de tomarse en consideración en la proposición de Vázquez Gómez de que la enseñanza preparatoria se dejara en manos de particulares; así, pensaba, se dedicaría ese dinero a la primaria. En manos de particulares es decir en manos de los curas; pues ¿qué particulares sino ellos, cuentan con medios de instalar colegios? (Reyes y Henríquez Ureña, 1986, p. 93).

Como protesta, se planteó dar una velada con la lectura de poemas de Alfonso

³ "Es de suponer que los hermanos Henríquez Ureña dieran a conocer *Ariel* a sus compañeros y les propusieron que, como representantes de la juventud mexicana, editasen el libro, tal como

habían hecho ellos en Cuba dos años antes" (García Morales, 1992, p. 122).

Reyes, solicitados por el escritor dominicano, y discursos de Ricardo Gómez Robelo y él mismo, así como también dar el nombre de Gabino Barreda a una plaza, entre otras actividades, como se lo describe a Reyes:

Por la noche, velada en el Arbeu con presidencia de Porfirio Díaz, discurso de Caso, poesía de Rafael López, y discursos de don Justo y Díaz Mirón; orquesta del Conservatorio; adorno de laureles, severísimo... Todos estos detalles están ya arreglados, excepto Díaz Mirón a quien irá a ver una comisión esta semana. Y para colmo se organiza un gran banquete a Díaz Mirón después de la velada en el Tívoli. ¡Figúrate qué programa! (Reyes y Henríquez Ureña, 1986, p. 92).

En sus *Memorias*, Henríquez Ureña describe que la comunidad estudiantil presentaba discursos en la misma institución, luego en el Teatro Virginia Fábregas y finalmente en el Castillo de Chapultepec, donde residía el presidente Porfirio Díaz.

Era un festejo en el cual el positivismo, como una expresión pública y de intención democrática, se manifestaba en las calles del Centro de la Ciudad de México para reforzar un proyecto de nación y una reforma educativa. Henríquez Ureña, en esta polémica fiesta, le “tocó figurar” en 1908 entre un grupo de estudiantes representado por Antonio Caso, José María Lozano y Jesús Acevedo, que “organizó una manifestación contra Vázquez Gómez y en honor de [Gabino] Barreda, fundador de la Preparatoria” (Henríquez Ureña, 2000, p. 118). Así le escribe también a Reyes:

La manifestación está decidida para el 22 de marzo (he logrado colocar la conferencia de Max el 18, a fin de que si puede venir participe de ambas cosas). Pues en la manifestación, que será doble, como la anterior, no tomará parte ningún positivista y se dirán cosas sobre el positivismo. El trabajo preparatorio será una multitud de convocatorias para los estudiantes de toda la República, y proclamas que se fijarán en las esquinas de la capital. (Reyes y Henríquez Ureña, 1986, p. 92).

De esta manera aún se debatía el programa educativo de la institución entre la postura eclesialística y la positivista. Los jóvenes estudiantes se protegían con esta doctrina para resistir la intención de la Iglesia católica de regir la educación en el país. Sobre todo porque Henríquez Ureña tenía una visión sensible, espiritual y poética para crear un proyecto educativo más centrado en el estudio de las humanidades y en la literatura, también.

Ante la resistencia de Alfonso Reyes, que vive entonces en Monterrey, a asistir a aquella manifestación anticatólica, el escritor dominicano le insistía:

Necesitamos un poeta para la Escuela Nacional Preparatoria [...], y no nos satisfaría tener que poner al único niño disponible, Tejita [Alfonso Teja Sabre] que ya no es de aquel Instituto (Reyes y Henríquez Ureña, 1986, p. 97).⁴

⁴ Para Vicente Lombardo Toledano esta protesta ideológica y educativa representa: “El sentimiento humanista de la Revolución Mexicana” (Citado por Reyes, 1960, p. 209).

En esta medida podemos apreciar el ideal del maestro en la Escuela Nacional Preparatoria: se concebía que también debía poseer un buen uso de la palabra para transmitir el conocimiento científico y literario a los estudiantes, y una formación basada en la historia y cultura del país. Henríquez Ureña planteaba la misión del maestro: que se comprometiera con su labor sin ningún interés particular ni religioso, pero sí humano, en su propósito desinteresado de enseñar a leer la historia del pasado, la literatura y el gusto por lo bello a los jóvenes del porvenir. Así se lo explica a Reyes:

Entendía yo [...] que para cantar a Barreda no era necesario saber la opinión del positivismo. Entendía yo (y esta primera persona no puede estar usada más modestamente, como dice Varona) que la idea de un Maestro que había formado conciencias y razones era suficientemente poética, sobre todo para un poeta culto. (Reyes y Henríquez Ureña, 1986, p. 98).

El entonces director de la Escuela Nacional Preparatoria de México, continuador de la obra de Barreda, Porfirio Parra, comprendió la nueva tendencia del espiritualismo de la época, sin perder de vista tampoco la educación positivista. Cuando los jóvenes empezaron a difundir *Ariel*, tras el homenaje a Barreda, Parra lo leyó entusiasmadamente. Porque como dice García Morales (1992), este 'arquetipo de "sermón laico" se ajustaba al ideal de la Escuela" (p. 130).

De esta forma *Ariel* se difundió en la Escuela Nacional Preparatoria y en el mundo hispánico en 1908. Para García Morales (1992), el libro de Rodó fue un ensayo de reconciliación entre los dos siglos, que pu-

so en contacto a los intelectuales jóvenes con los del resto del continente.

Pedro Henríquez Ureña, por ejemplo, pronto mantuvo contacto con el mundo hispánico, desde que Marcelino Menéndez Pelayo le escribió una carta en reconocimiento de su libro *Horas de estudio* (1910). De esta manera, Reyes reconoce que a Rodó, "en un despertar de conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana" (Citado por García Morales, 1992, p. 132).

Como crítico literario y maestro, Pedro Henríquez Ureña asimiló estos ideales clásicos de igualdad democrática, y continuó planteando el idealismo crítico de *Ariel*, ejerciendo así su influencia en el grupo ateneísta y en los diversos ámbitos de la cultura latinoamericana.

Buenos hijos de Grecia

En 1907 el ensayista dominicano enriqueció sus ideas en el terreno filosófico, tras un redescubrimiento de la literatura griega. Porque mientras colabora en diversos medios periodísticos, discute sobre el positivismo, y al crearse la Sociedad de Conferencias intuye la necesidad de enseñar a leer a los clásicos y ampliar su crítica a la doctrina de Comte.

En la revista *Savia Moderna*, dirigida entonces por Luis Castillo Ledón y Alfonso Cravioto, sustituye a José María Sierra para el puesto de secretario.⁵ Allí se organiza una exposición de pintura en la que se

⁵ "...acepté aquel puesto, que sólo me duró tres meses, pues *Savia Moderna* murió poco después. En ese periodo traté de darle forma según mis ideas; pero la colaboración era escasa y poco importante" (Henríquez Ureña, 2000, p. 108).

dieron a conocer Diego Rivera, Francisco de la Torre, Saturnino Herrán, Germán Gedovius y Gerardo Murillo, *Dr. Atl*, entre otros pintores de la República. Para Henríquez Ureña: "...la mejor obra de la Juventud Mexicana no está en las letras sino en las ideas y en la pintura" (Reyes y Henríquez Ureña, 1986, p. 222);⁶ también confirma que en *Savia Moderna* se formó un grupo central: Cravioto, Rafael López, Gonzalo Argüelles, Manuel de la Parra, Ricardo Gómez Robelo y el propio ensayista dominicano, y opina que la ida de Cravioto a Europa "hizo fracasar la obra".

A Alfonso Reyes le parecía absurdo el nombre de *Savia Moderna*, porque "en el material mismo prolongaba a la *Revista Moderna*. Duró poco —era de rigor— pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo" (Reyes, 1960, p. 202).

Cuando Cravioto partió a Europa, la revista suspendió la publicación y los colaboradores pensaron en reunirse para formar un nuevo proyecto. El arquitecto Jesús T. Acevedo planeó organizar veladas breves de conferencias y conciertos, pero no se concretó por un acontecimiento polémico entre dos grupos literarios.

Manuel Caballero publicó entonces la *Revista Azul* como una continuación de la publicación fundada por Manuel Gutiérrez Nájera, pero atacaba los propios ideales modernistas. En respuesta, un grupo de jóvenes de la nueva *Revista Moderna de México* de Jesús E. Valenzuela, entre ellos, los hermanos Henríquez Ureña (Max y Pedro), organizaron una mar-

cha a la Alameda Central y luego una velada en el Teatro Arceu, en protesta por esa revista de Caballero, contra "las falsedades que en él sostienen a nombre" de Gutiérrez Nájera y "la obra de retroceso que se quiere emprender" (Henríquez Ureña, citado por Roggiano, 1989, p. 109). Para Alfonso Reyes (1960):

Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatirnos, y enterramos con él a varias momias que andaban por ahí haciendo figura de hombre. Por la noche, en una velada, [Jesús] Urueta nos prestó sus mejores dardos y nos llamó "buenos hijos de Grecia". La *Revista Azul* pudo continuar su ensueño inviolado. No nos dejamos arrebatar la enseña, y la gente aprendió a respetarnos. (p. 208).

La prensa mexicana comentó esta polémica, con posturas a favor y en contra de los discursos y recitales presentados, como sucedió en el diario *El Imparcial*; relata Henríquez Ureña (2000):

Al día siguiente, *El Imparcial* habló mal y bien del acto; elogió mucho a Max, y pidió su discurso, para publicarlo, pero Max lo negó, alegando no estar conforme con los ataques hechos a nuestros compañeros: otro detalle que enconó el rencor de Reyes Spíndola. (p. 115).

Con esta protesta, Manuel Caballero anunció su fracaso, lo que le obligó a "suspender la publicación de su revista, seis semanas después de iniciada" (Henríquez Ureña citado por Roggiano, 1989, p. 55).

⁶ Véase también "Conferencias y tes. Carta a Enrique Ap. Henríquez", (Henríquez Ureña, 1976, pp. 321-325), donde el remitente intelectual relata este acontecimiento de *Savia Moderna* y de la Sociedad de Conferencias.

Posteriormente, Jesús T. Acevedo cumplió con el plan de crear la Sociedad de Conferencias, que consistía en celebrar una serie de conferencias y conciertos en el Casino de Santa María entre el 29 de mayo y el 14 de agosto de 1907, con dificultades y sin la ayuda de cualquier institución oficial. Entre los participantes más destacados estaba Alfonso Cravioto, que, a su regreso de Europa, versó sobre el pintor Eugène Carrière; Antonio Caso habló de John Stuart Mill y de la obra de Nietzsche. Henríquez Ureña, por su parte, expuso acerca de Gabriel y Galán. Se trataba de relacionar la literatura con la música y rescatar así la importancia de este tipo de sociedades:

Es de advertir —le escribe a Reyes— que por entonces las conferencias eran cosas raras en México [...] Se renovó, pues, la conferencia; y Balvino Dávalos fue quien dijo —opinión que yo cité en mi artículo de *Horas de estudio*— que su generación no había hecho tanto... (Reyes y Henríquez Ureña, 1986, p. 224)

Posteriormente, el ensayista dominicano es despedido de *El Diario*, donde colaboró desde su fundación, en febrero de 1907, hasta julio del mismo año, por su director J. Sánchez Azcona; Max, que era jefe de redacción de ese periódico, presentó su renuncia por inconformidad. Luego, Pedro realizó estudios en la Escuela de Jurisprudencia, a la vez que entró a trabajar en la compañía de seguros “La Mexicana”. En sus *Memorias* escribe:

[...] nuestra salida de *El Diario*, la partida de Max poco después, y la poca atención que parecieron prestarnos los amigos de antes tan asiduos a nuestras fiestas, me

produjo cierto estupor moral (Henríquez Ureña, 2000, p. 118).

Así, el escritor dominicano recuerda cómo era el ambiente mexicano, católico o laico, cuando tuvieron lugar las reuniones literarias y filosóficas que se realizaban a partir de la Sociedad de Conferencias. Con la partida de Max Henríquez Ureña a Guadalajara y al concluir el primer ciclo de conferencias, las reuniones del grupo se suspendieron durante un tiempo; Pedro Henríquez Ureña y Acevedo propusieron, entonces, una serie de conferencias sobre Grecia, en el verano de 1907. Según García Morales (1992):

Henríquez Ureña había notado la influencia y el gusto de Grecia, en el momento que descubrían el mundo también, junto con Alfonso Reyes y sus amigos. Las novedades le llegaban de Nueva York y a través de ésta de Europa. (p. 72).⁷

Pero es preciso señalar que el escritor dominicano se hizo lector de la literatura griega debido también a los libros que le enviaba su padre desde Europa, donde residía entonces como delegado de Santo Domingo a la conferencia de La Haya: “La lectura de Platón y del libro de Walter Pater sobre la filosofía platónica me convirtieron definitivamente al helenismo” (Henríquez Ureña, 2000, p. 123). A partir de *Estudios griegos* de Pater, Henríquez Ure-

⁷ García Morales agrega: “La historia de la cultura occidental es una resurrección continua de la antigüedad griega. Lo más antiguo puede volverse también lo más moderno. En 1907 Grecia les parecía a Henríquez Ureña y Acevedo la última moda y por ello decidieron dedicarle un ciclo en la Sociedad de Conferencias”.

ña escribió la pieza teatral *El nacimiento de Dionisos*, para ser representada, como antiguamente se hacía, en una “fiesta griega” el 25 de diciembre de 1907. Posteriormente tradujo el libro de Pater para la *Revista Moderna* (Reyes y Henríquez Ureña, 1986, p. 124)⁸.

En otra carta dirigida a su hermano Max, el ensayista dominicano destaca la importancia de estudiar a los griegos, porque su cultura abarca no solamente el saber literario y artístico sino también el científico; por ello, comprende que son los iniciadores de la cultura moderna:

[...] según Pater, los griegos son los únicos que, antes de los modernos, y superando por lo tanto a los orientales y a los medievales, tuvieron la noción clara de las formas de la naturaleza y supieron en el arte expresar lo que cabía dentro de sus límites, esto es, no padecieron la impotencia irremediable de la pintura mística. (Henríquez Ureña, 1976, p. 354-355).

El interés por la cultura helénica y los argumentos que planteaba Henríquez Ureña sirvieron también como una protesta contra el positivismo de entonces:

En 1907, junto con el estudio de Grecia, surgió el estudio de la filosofía y la destrucción del positivismo. Gómez Robelo ya la hacía, basándose en Schopenhauer; Valenti, basándose en libros italianos; Caso y yo emprendimos la lectura de

Bergson, y James, y de Boutroux. De ahí la renovación filosófica de México, que ahora es apoyada por otros. (Reyes y Henríquez Ureña, 1986, p. 225).

Para Reyes, la filosofía positivista mexicana “había de desvanecerse también bajo la palabra elocuente de Antonio Caso”; asimismo, reconoce la influencia socrática de Henríquez Ureña: “Enseñaba a oír, a ver, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia” (Reyes, 1960, p. 205).

Henríquez Ureña comprende, entonces, la fuerza y la vitalidad que debiera encontrar la juventud americana para construir una civilización bajo los ideales de libertad, democracia y civilización, motivados por el sentimiento del amor. La alegría de vivir era un afán en la transformación moral, que había sido velado por el pesimismo romántico. De ahí que fuera preciso educar a la juventud bajo la literatura griega. Gracias al imperialismo anglosajón, Henríquez Ureña tuvo conocimiento de las manifestaciones artísticas y literarias de la antigüedad y del Renacimiento, y planeó lecturas sobre la tragedia, la comedia, la poesía bucólica y la filosofía de Platón.

Henríquez Ureña relata en su ensayo “La cultura de las humanidades”, de 1914, que los miembros de la Sociedad de Conferencias se proponían leer, inicialmente y de forma colectiva, el *Banquete* de Platón: cada quien se distribuía un personaje del diálogo, posteriormente se comentaba, durante una sesión nocturna en un taller de arquitectura: “...nunca hubo un mayor olvido del mundo de la calle [...] Así nació el espíritu de las humanidades

⁸ “Ya traduje casi todo el artículo de Pater –le cuenta PHU a Reyes–, y a principios de febrero sale en el folletín de la *Revista*”. Véase también la edición de Walter Pater, *Estudios griegos*. Traducidos para la *Revista Moderna de México* por Pedro Henríquez Ureña. México, Ignacio Escalante, 1908.

clásicas en México, aunque el proyecto inicial se haya olvidado" (Henríquez Ureña, 1981, p. 599).

Con base en la idea de Marcelino Menéndez Pelayo, de que la tradición clásica continuaba en el mundo hispánico, Henríquez Ureña reconoce la importancia de la enseñanza de la cultura griega en el contexto hispanoamericano, sobre todo en México, donde renacían estos ideales a la vez que unas manifestaciones artísticas y literarias concebidas dentro del contexto occidental: "Cultura fundada en la tradición clásica no puede amar la estrechez. Al amor de Grecia y Roma hubo de sumarse el de las antiguas letras castellanas..." (Henríquez Ureña, 1981, p. 598).

Haciendo uso de la comparación, el ensayista dominicano engloba también la idea de progreso y perfección moral, replanteada también por Rodó, en la educación del pueblo hispanoamericano: "El pueblo griego introduce en el mundo la inquietud del progreso", porque continuamente busca mejorar su conducta y bienestar social y moral; de ahí que él mismo fuera capaz de encontrar la libertad desde su mundo interno hasta en sus expresiones artísticas, culturales y filosóficas:

Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Funda el pensamiento libre y la investigación sistemática. Como no tiene la aquiescencia fácil de los orientales, no sustituye el dogma de ayer con el dogma predicado de hoy: todas las doctrinas se someten a examen, y de su perpetua sucesión brota, no la filosofía ni la ciencia, que ciertamente existieron antes, pero sí la evolución filosófica y científica, no suspendida desde entonces en la civilización europea. (Henríquez Ureña, 1981, p. 599).

A partir de esta idea, Henríquez Ureña concebía su proyecto intelectual y cultural como la formación de una nación fraterna en el que el continente americano crea la libertad de pensamiento y desarrolle el ideal de perfección, y encuentre su propia expresión en el lenguaje y en la cultura bajo el modelo de una tradición clásica y europea. Ha comprendido la evolución de este ideal en tierras americanas y en México, donde es testigo del movimiento maderista y la Revolución Mexicana, de la cual surge un cambio interesante en la voluntad del pueblo para desarrollar sus habilidades de expresión en el idioma materno.

Henríquez Ureña le escribe a Reyes en una carta: "Sócrates dice que el pueblo es el mal maestro en todo, excepto en la lengua" (Reyes y Henríquez Ureña, 1986, p. 52). Así, hallaba en las clases populares la voluntad creativa, despertada por la crisis revolucionaria, donde habría un renacimiento moral y cultural que mirara hacia el futuro desde el reconocimiento del pasado. De este modo lo manifiesta en los textos de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* y, sobre todo, en "La utopía de América", donde compara la cultura del Mediterráneo con la latinoamericana:

La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor. El pueblo griego da al mundo occidental la inquietud del perfeccionamiento constante. (Henríquez Ureña, 2000, p. 270).

En este ensayo escrito en 1925, el autor realiza una revisión de la historia mexicana a partir de la situación del presente (el de la posrevolución); sin ninguna opinión

pesimista sobre el pasado colonial y a través de ese modelo geográfico (el Mediterráneo) explica el deseo de una civilización que integre la cultura, el arte y el desarrollo económico en una igualdad de valores y de clase social; así expresa el anhelo de su utopía:

Hoy, en medio del formidable desconcierto en que se agita la humanidad, sólo una luz unifica a muchos espíritus: la luz de una utopía, reducida, es verdad, a simples soluciones económicas por el momento, pero utopía al fin, donde se vislumbra la única esperanza de paz entre el infierno social que atravesamos todos. (Henríquez Ureña, 2000, pp. 270-271).

Para realizar esta utopía es necesario educar al pueblo dentro del área de las humanidades, aprovechar su lenguaje, su expresión nativa y su capacidad artística para que prospere en el porvenir.

En el ambiente periodístico y literario en que transita, Henríquez Ureña mira también en la cultura griega los preceptos para que los escritores evolucionen en su pensamiento y creación, como dice García Morales (1992): "Henríquez Ureña ve en ella (la literatura clásica) la forma más perfecta de expresión, la más propia de México, la que los autores modernos deben continuar" (p. 74). Así, para Diony Durán (1994), el autor de *Ensayos críticos* acude a Grecia "porque está llena de las condicionantes de un programa que sólo tiene sentido cuando se remite a la circunstancia hispanoamericana" (p. 196).

Ya en el ensayo "Genus Platonis" sobre la poesía de Alfonso Reyes, el escritor dominicano destaca el clasicismo en la literatura mexicana:

[...] cabe señalar, en Gutiérrez Nájera, el temperamento horaciano..., por el templado sensualismo, ya irónico contendencias epicúreas, por la insinuante gracia de la forma: Manuel José Othón se acerca al temperamento virgiliano, sereno en la contemplación de la naturaleza, rico de visión, rico también de pathos y perfecto en la cálida juntura de la expresión poética. (Henríquez Ureña citado por Roggiano, 1989, pp. 70-71).

Así, observa que la evolución poética de su discípulo se debe a la herencia que ha recibido de los presupuestos clásicos de la poesía mexicana, pero en una expresión particular de platonismo. El ensayista descubre el temperamento platónico de Reyes en su estética del verso: "El temperamento de amante platónico es el fogoso que llega a dominarse y a adquirir la disciplina del sentimiento" (Citado por Roggiano, 1989, p. 72).⁹ Diony Durán (1994) ha precisado la visión literaria que Henríquez Ureña tiene de ese pensamiento griego:

Piensa que la mayor influencia platónica en la Edad Moderna no se produce en la filosofía sino en la literatura, y es especialmente la facultad que advierte en el hombre para poder lograr un compendio de virtudes cardinales para la creación, lo que interesa a su punto de vista. (pp. 197-198).

⁹ A la par que escribe "Genus Platonis", el ensayista lee a Platón. En una carta se excusa de abandonar la "Disertación platónica", el manuscrito que dio origen a aquel ensayo: "He leído varias cosas de los tres primeros cuadernos y casi todo el 4º, en el cual he hallado mucho material; pero Platón me ha ocupado la mayor parte de los ocios" (Reyes y Henríquez Ureña, 1986, p. 45).

Esta experiencia de estudiar a los clásicos reafirmó de alguna manera la amistad entre los miembros de la Sociedad de Conferencias, pero en particular entre Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Como dice García Morales (1992): "Grecia fue toda una experiencia en la que nació la amistad entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, tan decisiva para la vida de ambos" (p. 74); así como también con Antonio Caso, fundador del Ateneo de la Juventud, al que se hará referencia de inmediato.

Ateneo de la Juventud

Después de haber impartido un curso de conferencias sobre la filosofía positivista, a solicitud de la Escuela Preparatoria, Antonio Caso propuso crear el Ateneo de la Juventud. El acto inaugural se llevó a cabo el 28 de octubre de 1909 en el Salón de Actos de la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad de México. Con el objeto de celebrar el primer centenario de la Independencia, se organizó luego una serie de conferencias semanalmente, sobre distintos temas de filosofía y literatura hispanoamericana. Henríquez Ureña define así al Ateneo, en una carta dirigida a Reyes:

[...] el Ateneo ha sido al fin literario y filosófico, y los abogados, médicos y matemáticos han resultado un peso sobre él [...] El Ateneo quiso organizar debates jurídicos y no pudo. Hizo lecturas literarias y filosóficas [...] El ejemplo de México lo llevó Max a La Habana y fundó la Sociedad de Conferencias con el admirable Jesús Castellanos. (Reyes y Henríquez Ureña, 1986, p. 226).

Se le define al Ateneo de la Juventud como el rechazo a la doctrina positivista en la que se habían educado la mayoría de sus miembros, quienes habían descubierto nuevas lecturas de los clásicos y del pensamiento moderno: Schopenhauer, Nietzsche, Boutroux, Spencer, Mill, Bergson. Según Leopoldo Zea (1955), Vasconcelos y Antonio Caso son los filósofos del Ateneo de la Juventud, quienes "buscaban filosofías más humanas para enfrentarlas al caduco positivismo" (p. 58).

Al hablar sobre esta generación, Henríquez Ureña (1981) define la filosofía a la que aspiraban:

Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio [...] a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia Moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. (p. 610).¹⁰

El propósito era fundar una universidad propia para preparar con estos ideales a la nueva generación de estudiantes. En el año del Centenario de la Independencia,

¹⁰ Véase también la edición de *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, La Habana (posterior a 1924), pp. 114-115.

Justo Sierra creó la Escuela de Altos Estudios, integrándola con las Profesionales, y en una sola institución semi autónoma la nombró Universidad Nacional de México. Para Reyes (1960), "lo que se fundó fue una junta coordinadora entre las diversas facultades ya existentes... No ofrecía programa definido; no contaba con profesorado propio" (p. 210).

Con el derrocamiento del régimen porfirista, la Universidad carecía de planes de estudios para formar una carrera y planta docente; los diputados del antiguo régimen y los maestros positivistas creían absurdo educar a un pueblo desde la clase aristocrática. Según Henríquez Ureña (1981): "En torno a ella se formaron leyendas: las enseñanzas eran abstrusas; la concurrencia, mínima; las retribuciones, fabulosas; no se hablaba en castellano, sino en inglés, en latín, en hebreo" (pp. 595-596). Había, pues, cierta resistencia para rescatar la cultura de este país en plena crisis política, pues al recurrir a la ayuda del espíritu griego era necesario aproximarla al mundo occidental, como insistía Alfonso Reyes (1960):

La pasión literaria se templaba en el cultivo de Grecia, redescubría a España...; descubría a Inglaterra, se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia (p. 211).

El grupo ateneísta deseaba continuar con la labor educativa de Justo Sierra; según Reyes (1960): "Se quería volver un poco a las lenguas clásicas y un mucho al castellano; se buscaban las tradiciones formativas, constructivas de nuestra civilización y de nuestro ser nacional" (p. 211). Además de las reuniones nocturnas para estudiar la filosofía moderna, Antonio Caso or-

ganizaba cursos gratuitos en la Universidad sobre filosofía; fue el iniciador de este tipo de cursos que permitían a los demás miembros del Ateneo adjudicarse la Escuela de Altos Estudios.

Así surgió el interés de crear una institución más cercana a las posibilidades del pueblo. Como una iniciativa de Henríquez Ureña y el escritor español Pedro González Blanco se creó la Universidad Popular, que se fundó oficialmente el 3 de diciembre de 1912, institución:

[...] que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias. (Reyes, 1960, p. 212).

Posteriormente se crea la Facultad de Humanidades, que pese al golpe político de Victoriano Huerta en 1913, continúa su labor con la nueva orientación del director de Altos Estudios, Ezequiel Chávez, que crea junto con los jóvenes aquella Facultad de carácter gratuita para el público y el Estado. Por primera vez se oyen los nombres de asignaturas como Estética, Ciencia de la Educación, Literatura Inglesa, Lengua y literatura Españolas, Literatura francesa. De allí surgen también una nueva generación de estudiantes: Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Vázquez del Mercado y Xavier de Icaza (Reyes, 1960).

En este ambiente literario y educativo, Henríquez Ureña continuó con la esperanza de que "el milagro griego" se realizara en la formación de jóvenes y de la fundación de escuelas. Al crearse el Ateneo

de la Juventud, este grupo se inició con una propuesta crítica sobre los asuntos jurídicos del país, y posteriormente con el análisis de la filosofía y la literatura hispanoamericana, para enseguida cumplir con la misión educativa del país, siguiendo el lema de Justo Sierra, al crearse la Universidad Popular: "La Ciencia protege a la Patria". El Ateneo de la Juventud había renovado el mundo de la filosofía, el estilo de hacer literatura y la enseñanza de las humanidades tras el movimiento de la Revolución Mexicana.

Según Samuel Ramos (1986), la obra cultural del Ateneo de la Juventud "debe entenderse contra la desmoralización de la época porfirista [...] No era el Ateneo un cenáculo aislado del mundo; su programa era renovar y extender la cultura" (p. 77). Como un movimiento que se adelanta un año a la Revolución Mexicana, el Ateneo criticará las diversas expresiones culturales del porfirismo. En la activa participación de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Julio Torri, Julio Acevedo, Enrique González Martínez y Martín Luis Guzmán, imbuidos en la cultura griega, había "una intención común: la moralización. Esto equivale a decir que se trataba de levantar por todos lados la calidad espiritual del mexicano" (p. 78).

De esta forma observamos que el Ateneo de la Juventud no sólo aparece como un movimiento intelectual, cultural y educativo, sino que también manifiesta una renovación en la literatura y la filosofía. La prosa literaria de Henríquez Ureña es una muestra de esta evolución de pensamiento, influido por los ideales de la cultura griega y el conjunto de lecturas y debates ideológicos sobre el positivismo. El renacimiento de las humanidades parte de la educación del pueblo, el buen uso

del lenguaje y la expresión artística. Es importante valorar el proyecto cultural del ensayista dominicano para fomentar la enseñanza de las humanidades en México y la preparación de jóvenes con espíritu crítico.

Bibliografía

- Borges, J. L. y Ferrari, O. (1998). *En diálogo I*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Durán, D. (1994). *Literatura y sociedad en la obra de Pedro Henríquez Ureña*. La Habana: Letras Cubanas.
- García Morales, A. (1992). *El Ateneo de México. 1906-1914. Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.
- Henríquez Ureña, P. (2000). *Ensayos*. 2ª. ed. Edición crítica. Coordinadores: José Luis Abellán y Ana María Barrenechea. Madrid: Galaxia Gutenberg-ALLCA XX. (Archivos, 35).
- Henríquez Ureña, P. (2000). "La obra de José Enrique Rodó". En Antonio Caso *et al.* *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Prólogo, notas y recopilación de apéndices: Juan Hernández Luna. Seguido de Anejo documental de Fernando Curiel Defossé. México: Universidad Nacional Autónoma de México. (Nueva Biblioteca Mexicana, 5).
- Henríquez Ureña, P. (2000). *Memorias. Diario. Notas de viaje*. Introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez. México: Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña, P. (1976). *Obras completas. Tomo I (1899-1909)*. Selección y prólogo de Juan Jacobo de Lara. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

- Henríquez Ureña, P. (1981). *Obra crítica*. Pról. Jorge Luis Borges. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pater, W. (1908). *Estudios griegos*. Traducidos para la *Revista Moderna de México* por Pedro Henríquez Ureña. México: Ignacio Escalante.
- Ramos, S. (1986). *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Espasa-Calpe.
- Reyes, A. (1960). *Grata compañía. Pasado inmediato. Letras de la Nueva España*. México: Fondo de Cultura Económica. (Letras mexicanas/Obras completas de Alfonso Reyes, XII).
- Reyes, A. y Henríquez Ureña, P. (1986). *Correspondencia I 1907-1914*. Prólogo de José Luis Martínez. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roggiano, A. A. (1989). *Pedro Henríquez Ureña en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras. (Colección Cátedras).
- Torri, J. (1964) "Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña". En *Tres libros. Ensayos y poemas. Defusilamientos. Prosas dispersas*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zea, L. (1955). *La filosofía en México*. Tomo I. Vol. 17. México: Biblioteca Mínima Mexicana.

